

[253]

LA SABIDURÍA CRISTIANA Y LAS RIQUEZAS

Roberto M. Sartor

¡“Qué difícil será para los ricos entrar en el Reino de Dios”! (Lc. 18,24).

La existencia cristiana se ha debatido siempre en una dicotomía: su presencia comprometida en el mundo con las realidades terrenas y una actitud trascendente de esperanza escatológica.

Todo cristiano tiene conciencia de vivir un “ya, pero todavía no” supramundano que lo obliga a cuestionarse constantemente sobre la forma de asumir su condición humana. Como ciudadano del mundo no puede abstraerse al dinamismo del progreso y debe participar activamente en su transformación por medio del trabajo, aunque tenga su mirada puesta en un “nuevo mundo”, el Reino de Dios. El trabajo es compromiso creador que dinamiza el progreso e impulsa la historia, siempre hacia nuevas metas. El trabajo genera bienes proyectando al hombre del “ser” al hacer y al tener. Los bienes se acumulan transformándose en riquezas y éstas lo alienan con su falsa seguridad en detrimento del ser, limitando o destruyendo su esperanza.

Es así que todo cristiano, y toda comunidad cristiana debe enfrentarse tarde o temprano, en forma radical, con el problema de la riqueza, y la posesión de los bienes temporales. Existe ya una tradicional sabiduría cristiana de comportamiento, pero cada individuo y cada época deben pronunciarse y asumir su circunstancia.

Es evidente que este artículo debería enfocar la problemática desde una visión latinoamericana y "tercermundista" (usando un neologismo tan de moda) para iluminar cristianamente la extraña situación que divide al mundo entre pobres y ricos, naciones pobres y naciones ricas, pueblos desarrollados y subdesarrollados y al mismo tiempo dar claves de interpretación para asumir este singular “signo de los tiempos”.¹

Pero lamentablemente estas páginas no podrán ir más allá de lo que su título indica: una reflexión sobre el comportamien-

¹ Cfr. Segundo, J. L. *De la sociedad a la teología*. (Cuadernos Latinoamericanos, 2) C. Lohlé, Buenos Aires 1910. Un libro muy sugerente: tentativas de relectura teológica a la luz de la situación latinoamericana.

[254] to cristiano con respecto a las riquezas, a la luz de las actitudes y enseñanzas de Cristo.²

Nuestra búsqueda quisiera proyectar alguna luz en la presente situación histórica que vivimos, urgidos por el clamor de los pobres y oprimidos, en la búsqueda de una justicia social y una participación equitativa de las riquezas entre los individuos, las comunidades, las naciones.

Interpelados por la Palabra de Dios, debemos sentirnos llamados a una revisión personal y un compromiso práctico, aquí y ahora.

Riqueza y pobreza en Israel

A lo largo de su historia, Israel experimentó tanto la riqueza como la pobreza, descubriendo en ellas una valoración que las relacionaba con los acontecimientos salvíficos y les permitía reconocer a Yavé como principio y término de las mismas.

En el A.T., en la historia patriarcal, la posesión de las riquezas representa, en el contexto cultural semítico, un signo especial de la benevolencia de Dios, en modo tal, que religión y riquezas andan frecuentemente unidas.³

La experiencia de la esclavitud egipcia y la posterior liberación y entrada en la tierra prometida, representan la asunción de un estado de máxima pobreza al enriquecimiento total. La tierra prometida fue el gran don de Dios que enriqueció materialmente a Israel y de la cual cada tribu recibió su correspondiente parte. Pero el proceso económico interno de sedentarización determinó una primera anomalía: la tierra comenzó a acumularse en mano de unos pocos, con la consiguiente injusticia de los que a causa, de sus deudas terminaron como jornaleros y esclavos: situaciones injustas cuyas secuelas fueron la pobreza y la miseria acremente denunciadas por los profetas.⁴

Nace así una legislación que busca proteger al pobre contra los abusos de los ricos. Y la primitiva valoración sufre un trastrueque: los ricos serán identificados a los impíos, y los pobres serán los “piadosos”, los “pobres de Yavé” cuya única esperanza está en Dios.⁵

² Visión complementaria de los demás trabajos presentados en la presente entrega de la Revista.

³ Gen 13,2; 24,35; 26,12-14; Dt 6,11; 28,1-5.

⁴ Isaías, Jeremías. Amós, describen y denuncian la situación social de los “pobres” en Israel, con un lenguaje de perenne actualidad.

⁵ Ver en esta misma revista el artículo de Lákatos. También el libro de Gelin, A. *Los pobres de Yavé* (Ed. Nova Terra, Barcelona, 1963) puede resultar de utilidad para una iniciación al conocimiento de este tema.

[255]

Así los escritos proféticos y sapienciales se referirán muy pesimísticamente a los valores de las riquezas, de cuya inestabilidad sólo Dios puede proteger.⁶

Jesús y los ricos

La posición de Jesús con respecto a los ricos y la riqueza, está representada por “dichos” y actitudes de Cristo, que nos han conservado los Sinópticos, en especial Lc y son la vivencia referida por una comunidad comprometida en un “Sitz im Leben” determinado.

En el Evangelio de Jn no se habla sobre el tema, sino en un caso y en forma indirecta (Jn 12,8); los demás escritos neo-testamentarios reflejan una preocupación práctica (Hechos: la experiencia socializante de la primitiva comunidad apostólica) que continúa y repite la denuncia de Cristo contra la opresión de los ricos y las riquezas (denuncia insólitamente agresiva en la Epístola de Sant 5, 1-5).

Jesús aparece manteniendo la perspectiva profético-sapiencial en su valoración de las riquezas. No condenará en forma absoluta las riquezas sino que recriminará a los ricos su injusta adquisición y mal uso, con sus consecuencias antes alienantes, autopresivas y heteropresivas, que lo condicionan materialmente.⁷

Además, la condición social de su época y de su país en particular, lo coloca en la necesidad de denunciar un estado de opresión y miseria, cuyas causas deben buscarse en la desmedida posesión de bienes por parte de unos pocos, y la dominación violenta del pueblo. Su mensaje es esencialmente liberador, y proclama una salvación integral de la persona.

Lc. nos lo presenta al inicio de su ministerio aplicándose a sí mismo un texto profético muy significativo:

“El Espíritu del Señor está sobre mí...
Me ha enviado a anunciar
la Buena Noticia a los pobres:
a proclamar la liberación a los cautivos...
A dar libertad a los oprimidos
Y proclamar un año de gracia del Señor” (Is 61, 1-2)

⁶ Cfr. El libro de Job; Ecl 5, 12-19; Eclo 11,17 etc.

⁷ Once veces utiliza Lc la palabra “rico”, siempre en una perspectiva negativa, pero una sola vez el término “riqueza” (8,14), de modo que no podría tachárselo de ebionita. La riqueza es en sí un bien, pero su mal uso y su influencia negativa perjudica a los ricos. Siempre es el hombre el que condiciona su valor. Otro tanto podría decirse de la pobreza.

[256]

La liberación del pueblo pobre, en la perspectiva profética mesiánica, implicaba la lucha contra los dominadores injustos que lo oprimían. Dominación y riqueza están siempre unidas, de donde puede comprenderse la actitud marcadamente hostil de Jesús hacia los fariseos.

El Evangelio de Lc señalará muy particularmente esta actitud de Jesús, con una proclama que no deja lugar a dudas:

“Bienaventurados los pobres...” (Lc 6,20)

“¡Ay de vosotros, los ricos!” (Lc 6,24)

“¡Qué difícil será para los ricos entrar en el Reino de Dios!” (Lc 18,24).

Sin embargo, Jesús no aparenta discriminar en forma absoluta contra los ricos, ya que,

“Ha venido a buscar y salvar
lo que estaba perdido” (Lc 19,10)

Y así vemos que recibe a un joven rico (Lc 18,18-23 y paralelos sinópticos) que viene a interrogarlo con rectas intenciones y le dará la oportunidad de una constatación dramática. Llama a Mateo, (cobrador de impuestos) a formar parte de su séquito (Lc 5,27-28) y se hace enconradizo con Zaqueo, consiguiendo su conversión (que Lc describe plásticamente):

“Señor, voy a dar la mitad de mis bienes a los pobres,
Y si he perjudicado a alguien,
le daré cuatro veces más” (Lc 19,8)

Pero las preferencias de Jesús están con los pobres, los enfermos, que reciben sus atenciones y en los cuales ejerce sus poderes mesiánicos liberadores, y a los cuales dirige sus mejores palabras de esperanza, invitando a sus discípulos a compartir la pobreza como una forma de existencia religiosa, renunciando a la propiedad, al dinero, para seguirlo.

“Si quieres ser perfecto, vete, vende lo que tienes
y dáselo a los pobres... luego, ven y sígueme” (Mt 19,21)

Y a sus discípulos prescribirá:

“No lleven nada para el camino,
ni bastón, ni alforja, ni pan,
ni dinero, ni dos túnicas...” (Lc 9,3)

[257]

Al denunciar la falsa seguridad en la que viven los ricos, apoyados en sus riquezas, que les crean una peligrosa ilusión, ilustra gráficamente, en una parábola, la trágica historia de aquel rico (Lc 12,13-21) que se hacía planes para gozar por largo tiempo de sus bienes, el mismo día en que habría de morir; y Jesús concluye:

“Esto es lo que sucede
al que acumula riquezas para sí
y no es rico a los ojos de Dios” (Lc 12,21)

“La vida del hombre, no está asegurada,
por sus riquezas” (Lc 12,15)

Por eso su consejo es deshacerse de las riquezas y practicar la limosna:

“Vendan sus bienes y denlos como limosna...
y acumulen un tesoro inagotable en el cielo” (Lc 12,33)

como indispensable para merecer la vida eterna:

“Y todo aquel, que haya dejado
casas, hermanos, hermanas,
padre, madre, hijos, o hacienda
por mi nombre,
recibirá el ciento por uno
y heredará la vida eterna” (Mt 19,29)

De este modo Jesús ve en la renuncia y el desprendimiento de las riquezas la única forma de dominar su influjo y transformarlas en generadoras de bienes sobrenaturales. Será muy difícil poder ser rico. Y ningún rico puede entrar en el Reino de Dios, sino a condición de dejar de serlo.⁸

Algunos textos claves

Examinemos brevemente algunos textos claves que han dado motivo más que suficiente a toda la tradición cristiana para revisarse constantemente en la búsqueda de una vida más conforme al espíritu evangélico, de desprendimiento o buen uso de las riquezas.

⁸ Cfr. “Pobreza”, por W. Trilling, en *Conceptos fundamentales de Teología* (ed. Cristiandad, Madrid 1966), tomo III p. 470-82.

[258]

1. "Bienaventurados los pobres" (Lc 6,20)

"Ay de vosotros, los ricos" (Lc 6,24)

"Bienaventurados los pobres de espíritu" (Mt 5,3)⁹

Los dos textos revelan la concreción con que ambos evangelistas han tomado el sentido bíblico de pobreza. Una pobreza real de bienes terrenos y un espíritu interior de desprendimiento de los mismos, actitudes que no pueden ir totalmente separadas. En el texto de Mt se revela la disposición personal de asumir la pobreza como condición religiosa de pertenencia al Reino y en Lc el estado real de esta vida, contrapuesta al ideal terreno de riqueza.

No hay duda que el trasfondo del lenguaje de Jesús y los evangelistas deben buscarse en los "pobres de Yavé" (*Anawim*), tal como nos lo expresan los profetas, los salmos y el Cántico de María (Magnificat).

En realidad las bienaventuranzas de Mt y Lc y las maldiciones, tienen como motivo central la riqueza y la pobreza, explicando claramente el cambio de valores anunciado por Cristo. Lc contrapone dramáticamente y en forma drástica al "pobre" y al "rico", parafraseando el texto de Is (5, 8-25) con la repercusión social que quiere dar a las palabras de Jesús.

2. "Que difícil será para los ricos entrar en el Reino de Dios.

Sí, es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja

que para un rico entrar en el Reino de Dios" (Lc 18,24; Mc 10,23; Mt 19,23)

Este "lógion" que los tres sinópticos colocan después de la escena del encuentro del joven rico con Jesús, es el comentario pesimista y desconsolador de Jesús ante la actitud de rechazo del joven que, invitado a desprenderse de sus bienes, se marchó triste "porque era muy rico". La búsqueda de su verdadero significado ha dado mucho que hacer a los intérpretes de todos los tiempos,¹⁰ que vieron una desproporción entre la metáfora y la lección que quiere inculcar Jesús. Hoy se piensa, que Jesús utilizó en esta circunstancia un proverbio popular (muy semejante al que cita Mt 23,24: "coláis un mosquito y os tragáis un camello"), que los mismos discípulos parecen tomar al pie de la letra, al preguntar angustiados: "Entonces, ¿quién se podrá salvar?". La respuesta de Jesús, asegurando que "lo imposible para los hombres es posible para Dios, determina una visión más optimista de la posibilidad de salvación de los ricos.

⁹ El Libro de la Nueva Alianza traduce así: "Felices ustedes los pobres... Felices los que tienen alma de pobres".

¹⁰ Las varias interpretaciones propuestas pueden verse en cualquier comentario al N.T.

[259]

3. *“Ganen amigos con el dinero de la maldad,
para que el día en que éste les falte,
ellos los reciban en las moradas eternas” (Lc 16,9)*

Estas palabras que sólo el Evangelista Lc nos ha conservado, constituyen el consejo final de Jesús, luego de proponer la parábola del “Administrador infiel” (Lc 16,1-8) alabado por su habilidad (“los hijos de este mundo son más astutos que los hijos de la luz”) y en quien ve una astucia digna de mejor causa. El texto original trae una terminología semítica (que en parte nos conserva también Mt 6,24 en otro contexto) que le da visos de una autenticidad innegable: “Mamona tes adikias: *mamona* de la iniquidad o maldad”. “Mamona” es una palabra aramea (la lengua hablada por Jesús) muy utilizada en los “targumin” y el “Talmud” para significar el dinero, las riquezas, las posesiones, frecuentemente con sentido peyorativo como en el presente caso.¹¹ En efecto, también aquí el término viene acompañado con un sustantivo que lo condiciona: dinero mal habido, dinero de maldad, fruto de la iniquidad y la injusticia. ¿Qué quiere indicar Jesús? Todo daría a entender que, así como el administrador infiel se hizo de amigos, así todo rico, también debe utilizar su riqueza para hacer amigos (los pobres) con la limosna, para que después estos lo reciban en el cielo. Es decir, se trata de una exhortación a la limosna, expresada en lenguaje metafórico típico de la época de Jesús. Los comentarios suelen citar un texto del Talmud, muy antiguo, que constituye un comentario esclarecedor y paralelo del dicho de Cristo: “los ricos auxilian a los pobres en este mundo con sus riquezas, y los pobres a los ricos en el mundo venidero”.

Ahora bien, toda riqueza lleva en sí la sospecha de injusticia, por la forma como ha sido adquirida, empleada o aumentada: Jesús invita entonces a reparar esta injusticia con la limosna.

Sin embargo el comentario de Jesús continúa, volviendo a radicalizar la incompatibilidad entre “Dios y Mamón”, este ídolo que encadena y esclaviza a tantos hombres. Nadie debe hacerse ilusiones:

“No se puede servir a Dios y a Mamón (=el Dinero)” (Lc 16,13; Mt 6,24)

La tradición cristiana ha visto en este dicho de Jesús la conclusión más clara y absoluta de sus enseñanzas con respecto a la riqueza y la condición de esclavitud a la que se exponen los ri-

¹¹ “Mamona” es utilizado sólo cuatro veces en el NT, 3 veces por Lc y 1 por Mt en lugar paralelo. Justamente debido a este hecho, los intérpretes piensan que nos encontramos aquí ante auténticas palabras de Jesús, trasmitidas con fidelidad literal y conservadas en Lc y Mt.

[260] cos, que no anteponen el “Reino de Dios y su justicia” (Mt 6.33; Lc 12,31) a su dinero, viviendo como “pobres de espíritu”.

4. *“La semilla es la Palabra de Dios... Los que la reciben entre espinas, son los que después de haber oído la Palabra de Dios, se dejan sofocar por las preocupaciones, las riquezas y los placeres de la vida, y no llegan a dar fruto” (Lc 8,14; Mt 13,22; Mc 4,18-19).*

Este texto corresponde en los sinópticos a la explicación dada por Jesús, a la Parábola del Sembrador. Los tres evangelistas señalan que las *riquezas* con sus secuelas, preocupaciones y placeres, son una de las causas por las que la Palabra de Dios no llega a rendir fruto.

La afirmación de Jesús no es sino una referencia más basada en la experiencia humana, de la dificultad por las que el rico puede atravesar para llegar a una auténtica comprensión del mensaje evangélico que lo comprometa existencialmente.

Las derivaciones prácticas y pastorales de esta constatación, las experimentó Jesús mismo con los fariseos “que eran amigos del dinero” según Lc 16,14, y entre los cuales su palabra no produjo fruto alguno.

5. *“Siempre tendréis a los pobres entre vosotros...” (Mt. 26,11; Mc 14,7; Jn 12,8)*

Narrando la unción de que fue objeto Jesús por María de Betania, Mt, Mc y Jn ponen en boca de Jesús estas palabras que tomadas literalmente fuera de su contexto bíblico podrían ser el vaticinio de un pauperismo eterno (que sociológicamente podría ser explicable) impidiendo la lucha por la superación del mismo.

En efecto es evidente que estas palabras son una referencia sapiencial a un texto similar del Deuteronomio que explica la razón de ser de un mandamiento de caridad:

“Ciertamente, nunca faltarán pobres en este país;
por eso te doy yo este mandamiento:
debes abrir tu mano a tu hermano,
a aquél de los tuyos que es indigente
y pobre en tu tierra” (Dt 15,11).

Y en el mismo capítulo, al prescribir la celebración del año sabático, donde se habrán de perdonar todas las deudas pasadas, se afirma justamente lo contrario: “con el fin de que no haya ningún pobre junto a ti” (Dt 15,4). Las palabras de Jesús quedan entonces enmarcadas en este contexto, como un perenne mensaje de apertura y amor hacia el prójimo, pobre y necesitado, que no faltará nunca.

[261]

La comunidad primitiva

El comportamiento de Jesús con respecto a la riqueza, sus instrucciones y su llamado a la observancia de la pobreza, tuvieron en la primitiva comunidad una resonancia práctica, de la cual nos da testimonio el mismo Lc en el libro de los Hechos.

En dos de los “sumarios” (Act 2,42-47; 4,32-35) se nos informa que:

“todos los creyentes se mantenían unidos
y ponían lo suyo en común;
vendían sus propiedades y sus bienes
y distribuían el dinero entre ellos,
según las necesidades de cada uno...”

Es decir que, la vivencia pascual que los mantenía unidos “en un mismo espíritu... y en la fracción del pan”, los llevaba también a la solidaridad fraterna en la comunidad de bienes.

Esta actitud será predicada también por Jn como expresión práctica del amor mutuo:

“¿Cómo puede tener amor a Dios
el que vive en la abundancia
y viendo a su hermano en la necesidad
le cierra su corazón?
Hijitos míos, no amemos solamente
con la lengua y de palabra,
sino con obras y de verdad” (1Jn 3,17).

Y mientras la denuncia contra los ricos será demoledora en la epístola de Santiago, Pablo hablará de las “riquezas” insondables de los bienes y dones que Dios nos entregó en Jesucristo (Rom 11,33) invitando a la imitación de Aquél, que

“siendo rico, se hizo pobre por nosotros,
a fin de enriquecernos con su pobreza” (2 Cor 8,9)

Este llamado se expresa equilibradamente en una parenésis para los ricos:

“A los ricos,
recomiéndales que no sean orgullosos.
Que no pongan su confianza en la inseguridad de las riquezas,
sino en Dios...
Que practiquen el bien,
que sean ricos en buenas obras,
que den con generosidad
y sepan compartir sus riquezas...” (1Tim 6,17-19)

Hacia una conducta cristiana

El tema de las riquezas y la dicotomía cristiana, preocupó ampliamente a los Padres y primeros escritores de la Iglesia, primeros intérpretes de las enseñanzas de Cristo. El ideal de fraternidad, de “koinonía”, de pobreza evangélica, requería su ambientación en la cultura grecorromana en un sistema racional que ya tenía sus bases jurídicas y donde por otra parte, la situación social de injusticia, esclavitud y miseria reclamaba una constante denuncia de los males causados por la acumulación e injusta distribución de las riquezas. De allí que el tema de la propiedad de la riqueza, y de un nuevo orden social basado en el evangelio fuera constante preocupación de las primeras generaciones, del que nos dan abundante testimonio los escritos patristicos.¹²

Esta literatura, frecuentemente parenética, interpreta con inusitado rigor las enseñanzas de Cristo, dándole una aplicación social práctica y con diatribas que acusan a los ricos de todos los males sociales. No cierran sin embargo el camino de la conversión y del cambio para estos, poniendo en relieve los valores de las riquezas.

Basten las siguientes citas muy significativas, como pautas de comportamiento para una sabiduría cristiana del uso de las riquezas.

Se escribe en la Didajé: “Pondrán todas las cosas en común con tu hermano y no declararás que son tuyas, pues si compartes los bienes de la inmortalidad, con cuánta mayor razón debes hacerlo con los bienes corruptibles” (4,8).

San Ambrosio exclama en un sermón: “La tierra ha sido establecida en común para todos, pobres y ricos: ¿por qué, ricos, os arrogáis a vosotros solos el derecho de propiedad? La naturaleza no conoce a los ricos, nos engendra a todos pobres. En efecto no nacemos con vestidos, ni somos engendrados con oro y plata” (De Nabuthe, 3,11: ML 14,734).

San Basilio dice: “¿No eres acaso un expoliador, tú que de los bienes que has recibido en gestión, haces tu bien propio? Al hambriento pertenece el pan que tú guardas... Al necesitado el dinero que mantienes enterrado” (Hom. 6,7: MG 31, 276).

Contra algunas enseñanzas heréticas con respecto a las riquezas, San Cirilo enseña: “Las riquezas no son obra del demonio, como piensan algunos. Usad el dinero con honestidad y no será malo... No veáis en ellas un enemigo cuando las tenéis de Dios para vuestro bien” (Cath. 8,6: MG 33, 632).

¹² Sobre el tema pueden verse, p. ej. “*Riches et pauvres dans l’Eglise Ancienne*” (textos de los santos Padres recogidos por D. Hamman. Grasset, Paris 1962) y R. Sierra Bravo *Doctrina social y económica de los Padres de la Iglesia*. Madrid 1967.

[263]

Conclusión

Hoy como ayer, a lo largo de los siglos, el cristiano vuelve a enfrentarse agudamente ante el perenne mensaje de Cristo que lo invita a una militancia activa en favor de los pobres y oprimidos, pero que comienza con la conversión personal a cuya base está la renuncia...

Una sabiduría cristiana que sepa reasumir los valores de la riqueza, fraternalmente compartida y puesta al servicio de los más necesitados, debe prevalecer sobre el egoísmo, en una búsqueda más sincera del desarrollo y el progreso del hombre y su mundo. Los cristianos que se han visto favorecidos por la riqueza, están llamados hoy como nunca a utilizar sus bienes y su poder económico con una actitud evangélica, ante el clamor de los necesitados y los oprimidos por la miseria.

Sobre las ruinas de la cristiandad, frente al capitalismo agobiante y esclavizador, frente a la sociedad de consumo y un tercer mundo sumido en la miseria, las voces del Concilio, Medellín, "Mater et Magistra", "Populorum Progressio" representan la Palabra siempre nueva del Evangelio que proclama la "liberación", por la conversión personal, el desprendimiento y el amor solidario hacia los pobres, en la construcción del Reino.¹³

¹³ Cfr. Metz, J. B. *Pobreza de espíritu*; en *Selecciones de Teol.* 4 (1965) 145-155; Congar, Y. *Situación de la pobreza en la vida cristiana en una civilización de bienestar*; en *Concilium* 1966, N° 15, 54-79; Pérez Ramírez, G. *La Iglesia y la revolución social en América Latina*; en: *Concilium* 1968, N° 34, 520-535.